

novad en mis entrañas aquel espíritu recto, puro y santo, que gobierna todos los pasos de vuestros fieles siervos. (*Psalm. 50.*)

No me arrojeis, mi Dios, de vuestra divina presencia, y no priveis mi corazón de vuestro divino espíritu. (*Psalm. 50.*)

### PROPOSITOS.

1 Si ese desgraciado espíritu del mundo es capaz de cegar y de engañar aun á los que están fuera del mismo mundo; ¿que no deberán temer los que de necesidad, y por razon de su estado se ven espuestos á todos sus peligros y á todas sus tentaciones? Concibe desde este mismo punto el mayor horror á ese pernicioso espíritu, tanto más peligroso, cuanto sabe disfrazarse y aun revestirse de los motivos mas especiosos y mas plausibles. Está siempre alerta contra un enemigo tan sagaz y tan sutil. Hoy están los hombres en la infeliz disposicion de consultar el espíritu del mundo en casi todo lo que emprenden, con preferencia al espíritu de Dios, á quien apenas se le da oídos cuando concurre con este fiero enemigo de la religion y del Evangelio. El espíritu del mundo es el que preside en todas esas fiestas mundanas, en todas esas profanas concurrencias, en esas diversiones escandalosas, en esos ambiciosos proyectos, en esas galas, en esas magnificencias y en esas indecentes modas. A todos esos estilos poco cristianos te has de poner un perpetuo entredicho. El espíritu del mundo es enemigo declarado de Jesucristo; pues declárate tú enemigo irreconciliable de él, y aplica el mayor cuidado á que no tenga parte en cosa alguna que hicieses.

2 ¡Cosa estraña! no se contentan muchos con tener el espíritu del mundo; empéñanse tambien en comunicarle, en estenderle y en propagarle. El padre se le inspira á sus hijos; los instruye en él, los da lecciones y reglas, crialos segun las leyes de este espíritu, y siguiendo el mismo espíritu, se condena tambien con ellos. Las madres aun son mas zelosas en comunicársele á las hijas; y lo mas admirable es, que aun aquellas mismas, que declinando ya hácia el ocaso de la vida, abrazaron el partido de la devocion, y renunciaron las pompas del mundo, suelen ser muchas veces las mas ardientes en traspasar á sus hijas aquel espíritu que las dió á ellas tan copiosa materia de llanto y de arrepentimiento. Pues aprende tú á tener juicio á costa ajena.

### DIA IV.

#### MARTIROLOGIO.

SAN MOISÉS, legislador y profeta, en el monte Nebo, en la tierra de Moab. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS TRES SANTOS NIÑOS RUFINO, SILVANO Y VITALICO, mártires, en Ancira de Galacia.

SAN MARCELO, mártir, en Chalons en Francia, en tiempo del emperador Antonino; el cual siendo convidado para un banquete profano por el gobernador Prisco, como abominase de aquellos manjares, y reprendiese animosamente á los convidados porque daban culto á los idolos, por orden del mismo gobernador, con un género de crueldad nunca oido, fué enterrado vivo hasta la cintura; y perseverando así por espacio de tres dias alabando á Dios, entregó su alma al Criador.

LOS SANTOS MÁRTIRES MAGNO, CASTO Y MAXIMO, en el mismo dia. (Salazar cree con algun fundamento que fueron discípulos del apóstol Santiago el mayor, y que predicaron el Evangelio en Andalucia. Dextro tiene por indudable que murieron en España mártires de la fe, por los años de 66, despues de haber fundado algunas iglesias con su predicacion y milagros.)

SAN MARCELO, obispo y mártir, en Tréveris.

LOS SANTOS TAMEL, que habia sido sacerdote de los idolos, y sus COMPAÑEROS mártires, en tiempo del emperador Adriano, en el mismo dia.

LOS SANTOS MÁRTIRES TEODORO, OCEANO, AMHANO Y JULIAN, los cuales en tiempo del emperador Maximiano, despues de haberles cortado los pies, echados al fuego consumaron el martirio.

SAN MARINO, diácono, en Rimini (Se supone que primeramente fué albañil y que trabajó en las murallas de Rimini, que se cree fué su patria. Su santidad fué tan eminente, que llegando á noticia de S. Gaudencio, obispo de Brescia, le confirió el diaconado para facilitarle el que pudiese bautizar solemnemente á los que catequizaba. Habiéndose retirado el Santo á una cabaña que construyó á diez millas de Rimini, acudió tal número de gentes á vivir bajo su conducta, que se formó la tan conocida república que todavia subsiste en el dia de hoy con el nombre de SAN MARINO. Redúcese á una ciudad y tres castillos, pero es independiente, y ha durado mas que las de Roma y Grecia. Murió el Santo á fines del siglo iv.)

EL TRÁNSITO DE SANTA ROSALIA, virgen, llamada la Palermitana, descendiente de la sangre real de Carlo Magno, en Palermo; la cual por amor de Jesucristo, huyendo del principado de su padre y de la corte, solitaria en los montes y en las grutas, vivió en una vida celestial. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SANTA CÁNDIDA, en Nápoles en la Campaña: fué la primera que se presentó para ser bautizada al apóstol S. Pedro, cuando

llegó á esta ciudad, y murió santamente. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SANTA CÁNDIDA LA JÓVEN, esclarecida en milagros, en la misma ciudad de Nápoles. (Era de ilustre cuna, y aunque estuvo casada, su vida fué pura, santa y resplandeciente en las mas elevadas virtudes. Murió en la flor de su edad, y de su sepulcro manó por mucho tiempo un aceite que curaba toda clase de enfermedades.)

SANTA ROSA, virgen, en Viterbo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

#### SAN MOISÉS, PROFETA.

Moisés, amigo de Dios, capitan de su pueblo, y grande profeta, fué hijo de Amram y de Jocabed, de la tribu de Levi, hermano de Aaron y de Maria. Cuando vino al mundo reinaba en Egipto un rey llamado, como otros muchos de sus antecesores, Faraon, el cual olvidado del bien que José habia hecho á aquel reino, viendo únicamente que los hebreos hijos del mismo José y de sus hermanos se multiplicaban estraordinariamente, por temer que siendo en mayor número que los egipcios se levantarían con la tierra y los harían esclavos suyos, dió traza como obviar este daño, y fué mandar á las comadronas que siendo llamadas para algun parto de mujeres hebreas, si fuese niño varon le matasen como mejor pudiesen, y si hembra la guardasen (\*). A esta sazón nació Moisés, y sus padres hechizados de la estraordinaria belleza del niño, y sabedores por luz sobrenatural que estaba destinado á cosas grandes, no obstante la severidad de los edictos del rey, resolvieron conservarlo, y lo tuvieron oculto tres meses. Pero entendiendo que no podían ocultarlo por mas tiempo, lo colocaron en una cestilla de juncos calafateada con betun y pez, y espusieronle en un carrizal de la orilla del Nilo; y púsose Maria hermana suya á observar desde léjos el fin del caso.

Aconteció que de allí á poco vino una hija del rey Faraon para lavarse en el rio, acompañada de sus doncellas, la cual, segun Filon, era casada y deseaba tener hijos, y se llamaba Thermutis: ve la cestilla, manda sacarla, la abre con ansia, y al ver dentro á un tierno niño que lloraba, compadecida de él, dice: «De los niños de los hebreos es este.» Y no pudiendo su cora-

(\*) Este cruel edicto se publicó sin duda despues de haber nacido Aaron. Y es creible que se revocó poco despues de su publicacion, pues de otro modo no podia hallarse el prodigioso número de pueblo, que nos refiere el sagrado texto, de todas edades al salir de Egipto: ó que los mismos egipcios horrorizados de la crueldad de dicho edicto hicieron poco uso de él. (*Menochio.*)

zon dejar que pereciese aquel hermoso infante; y acercándose entonces la hermana del niño: «¿Quieres, le dijo, que vaya á llamarte una mujer que te crie ese niño?— Anda;» respondió la princesa. Fué la doncella y trajo á su madre, á quien confió el niño la hija del rey, prometiéndole recompensar su trabajo y solitud. Tomó la madre al niño, y criólo, y ya crecido, lo entregó á la hija de Faraon, que lo adoptó por hijo y le dió el nombre de Moisés, que significa *Del agua lo saqué*. Educóse, pues, el niño en el palacio del rey, y aprendió todas las ciencias de los egipcios. Así hizo Dios que el mismo Faraon preparase un vengador á los israelitas, á quienes este principe oprimía.

Cumplidos los cuarenta años de su edad, conoció Moisés que estaba designado por Dios para ser el libertador de su pueblo; visitó á sus hermanos en Gessen, donde era su habitacion, y vió que aun gemian bajo el yugo de la tiranía. Y observando que un egipcio maltrataba cierto israelita, tomó la defensa de éste y mató al egipcio (\*), enterrando secretamente en la arena su cuerpo. Con esta accion atrevida quiso dar á entender á sus hermanos que su mano era el instrumento con que Dios los libraria de la opresion: pero ellos no lo comprendieron.

Al siguiente dia vió reñir á dos hebreos, y reprendió al que se desmandaba contra su hermano, diciéndole: «¿Por qué das golpes á tu prójimo?» Respondió el agresor: «¿Quién te ha constituido príncipe y juez entre nosotros? ¿Quieres por ventura matarme como mataste ayer al egipcio?» Temió Moisés de oír en público la muerte que habia hecho en secreto, y entendiendo que si llegaba á oídos del rey le mandaria matar, se ocultó huyendo á la tierra de Madian, y púsose al servicio de Jetró ó Raquel, sacerdote de aquel país (\*\*), quien mas adelante casóse con una de sus hijas llamada Séfora. Tuvo de ella dos hijos, Gersam y Eliezer.

Llegó por fin el tiempo señalado por la divina Providencia para la libertad de su pueblo. Muerto el rey de Egipto cuyo enojo habia temido Moisés, no se mejoró bajo el dominio de su sucesor la

(\*) Por lo que dice S. Estéban de esta accion de Moisés. *Actor.* 7. 24-25, parece que obró justamente y con autoridad legitima, quitándole la vida, puesto que el Señor le habia ya elegido para que fuera el libertador de su pueblo. Véase S. Agustín in *Exod. Quest.* 2. (*P. Scio.*)

(\*\*) Siendo descendiente de Madian, hijo de Abraham por Cethura, se cree verosimilmente que era sacerdote del verdadero Dios. Nicolao de Lira dice, que sacerdote en este lugar, se toma por hombre principal. Algunos autores antiguos son de sentir que era tambien rey de aquella tierra. (*P. Scio.*)

suerte de Israel, que seguia gimiendo bajo el pesado yugo que le agobiaba; pero Dios, que escuchaba los ayes de su pueblo cruelmente afligido, determinó por fin librarle de la tiranía de los egipcios. Moisés entre tanto pastoreaba las ovejas de su suegro Jetró; y habiendo conducido un día su ganado al corazón del desierto, hasta la cumbre de Horeb, se le apareció el Señor en una llama de fuego en medio de una zarza ó espino. Viendo el pastor que la zarza ardia y no se quemaba, acercábase á contemplar aquella maravilla, cuando Dios le detuvo mandándole que se descalzara por respeto, segun costumbre de aquel tiempo, y le dijo: «Santa es la tierra que pisas: yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: he visto la alieccion de mi pueblo en Egipto, y he oido su clamor por la dureza de los que les mandan: quiero enviarte á Faraon para que saques á los hijos de Israel de Egipto.» Moisés respondió: «¿Quién soy yo para ir á Faraon y sacar á los hijos de Israel de Egipto?» Prosiguió Dios con Moisés y díjole: «Vé, y junta los ancianos de Israel, y les dirás como les quiero sacar del cautiverio en que están, y entra con ellos al rey de Egipto, y le dirás: El Señor Dios de los hebreos nos ha llamado, y hemos de ir al desierto camino de tres jornadas para hacerle sacrificio.» Respondió Moisés: «Señor, no me creerán. — Deja caer, dijo Dios, la vara que tienes en la mano en tierra.» Dejóla caer Moisés y tornóse culebra, de la cual huyó Moisés. «Tómala por la cola,» le dijo Dios. Tómola y quedó convertida en vara. Y dijo Dios de nuevo á Moisés: «Meté tu mano en tu seno.» Hizolo Moisés, y sacóla llena de lepra. Mandóle Dios hacer lo mismo otra vez, y sacó su mano sana. «Si no te creyeren, añadió Dios á Moisés, por la primera señal, harás la segunda; y si á la segunda no dieren crédito, toma agua del rio, y derrámala sobre la tierra, y cuanta sacares del rio, se convertirá en sangre.» Replicó todavía Moisés diciendo: «Perdonad, Señor, yo no sé hablar, soy tartamudo, y despues que has hablado á tu siervo, aun me hallo mas pesado de lengua.» Díjole Dios: «¿Quién hizo la boca del hombre? ¿ó quién formó al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿no soy yo? Pues anda, yo estaré en tu boca y te enseñaré á hablar.» Tornó Moisés á decir: «Ruégote, Señor (\*), que envíes al que has

(\*) No se rindió por esto Moisés, sino que en tono de súplica le significó, que él no era del caso para aquella mision. Los Padres generalmente entienden que Moisés pidió aquí al Señor, que enviara luego al Mesias, que en la Escritura se significa frecuentemente con el nombre de *enviado*, ó de *embajador de Dios*. (P. Scio.)

de enviar.» Enojado (\*) el Señor contra Moisés, dijo: «Aaron tu hermano el levita es elocuente, y él saldrá al camino y se holgará en verte: dile tú lo que yo te he dicho: y yo estaré en tu boca y en la boca de él, y os mostraré lo que debéis hacer. El hablará por ti al pueblo, y será tu boca (ó intérprete): mas tú serás para él en las cosas que pertenecen á Dios. Toma tambien la vara, con la cual has de hacer prodigios.»

Obedeció Moisés, habló con su suegro diciendo que le convenia ir á Egipto, y dióle licencia. Estando en el camino con su mujer, é hijos, le salió el ángel del Señor al encuentro en el meson y queria matarle. S. Agustin dice que no declara la Escritura á quien quiso matar el ángel, si fué á Moisés, ó á su hijo Eliezer; si á éste porque no estaba circuncidado, ó á Moisés por el descuido que habia tenido en hacerle circuncidar. Sabida la causa, Séfora su madre circuncidó á Eliezer, debiéndole Moisés de mandar que lo hiciese, por lo cual ella le llamó *Esposo de sangre*, por la que vió derramar á su hijo; y se volvió, como tambien sienten S. Agustin, á casa de su padre, donde estuvo algun tiempo. S. Epifanio dice, que desde que Moisés recibió don de profecía, guardó castidad, y así la Escritura no hace mención que tuviese mas hijos que los ya citados.

Prosiguió Moisés su camino y salióle á recibir su hermano Aaron, y dióle ósculo de paz. Moisés trató con él lo que Dios le habia dicho, y los dos hablaron á los ancianos de los hijos de Israel, haciendo Moisés en su presencia los prodigios que traia de comision. Diéronle los hebreos crédito, y adoraron á Dios porque se habia acordado de sus trabajos.

Moisés y Aaron fueron luego á pedir al rey de Egipto de parte del Señor, Dios de Israel, que dejase partir á su pueblo á ofrecerle sacrificio en el desierto. Era Moisés á esta sazón de ochenta años y Aaron de ochenta y tres, y por esto dijo S. Juan Crisóstomo, que estuvo cuarenta años Moisés en tierra de Madian, pues de cuarenta era cuando mató al egipcio y salió de la tierra. Respondió el rey Faraon: «¿Quién es el Señor, para que obedezca á su voz y deje ir á Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir á Israel.» Y enojado mandó á sus exactores que apremiasen á

(\*) Por este enojo del Señor sienten algunos Intérpretes, que falló Moisés, aunque levemente, en mostrar tanta resistencia á las órdenes del Señor. Pero los Padres generalmente lo escusan, y ensalzan su prudencia y su humildad, y esplican este enojo del Señor diciendo que la Escritura habla aquí acomodándose á la condicion de los hombres y á lo que comunmente sucede entre ellos. (P. Scio.)

los hebreos en sus obras quitándoles la ayuda de costa, que les daba de paja, en que fundaban los ladrillos ó los cocían, y apremiándoles á que diesen igual número de ladrillos como lo solían hacer antes, cuando se les daba la paja. Sintieron mucho esta injusticia los trabajadores: fueron á quejarse al rey, los que entre ellos tenían autoridad. Respondióles Faraon que por estar ociosos daban trazas de hacer aquella ida al desierto, que era bien no lo estuviesen, sino que trabajasen. Oyendo los israelitas esta desabrida respuesta, y viendo que aquel primer paso solo habia servido para mas agravar su yugo, quejábanse de Moisés diciendo, que habia dado espada á Faraon con que los matase. Moisés habló con Dios pidiéndole remediase este daño. Mandó el Señor que volviese juntamente con su hermano al rey Faraon é hiciesen prodigios en su presencia para convencerle de que le hablaban de su parte, y ellos obedecieron.

Hizo Moisés el primer prodigio de la vara de Aaron convertida en serpiente, dejándola de la mano en tierra, y aunque esto causó admiración, y el rey tuvo en mas á los mensajeros por parte de quien venían: pero siendo llamados los magos, favorecidos éstos del demonio, ellos tambien echaron cada uno sus varas que se convirtieron en serpientes; aunque la de Aaron se las tragó todas, y levantada por Aaron quedó vara como de primero, y el rey en su dureza de no querer dejar salir á Israel como le era pedido. Mandó Dios á Moisés que Aaron con su vara hiriese las aguas, é hiriéndolas fueron convertidas en sangre, y los peces que habia en el rio murieron. Los hechiceros hicieron en otra agua lo mismo; por lo cual no se movió Faraon á hacer lo que el Señor le mandó. Cavaron cerca del rio los egipcios, é hicieron fuentes de que bebieron. Mandó Dios á Moisés que tornase á Faraon con su demanda, y no obedeciendo, tocase Aaron con su vara otra vez las aguas, y toda la tierra quedaria llena de ranas. Y porque Faraon no obedeció al Señor, tocó Moisés las aguas, y cubrieron ranas toda la tierra de Egipto. Mas los hechiceros por sus encantamientos hicieron salir tambien ranas. Faraon llamó á Moisés y díjole que quitase aquella plaga de ranas, y daria licencia al pueblo para que fuese á sacrificar. Hizo Moisés lo que pidió el rey, el cual no cumplió su palabra. Mandó Dios á Moisés, que hiriese Aaron con la vara el polvo de la tierra: hicieronlo así, y salieron innumerables *ciniphes* ó mosquitos pungitivos. Los magos probaron á hacer lo mismo, y no pudieron, por lo cual confesaron, que era dedo de Dios aquella plaga.

Es de notar aquí que el demonio por darle Dios licencia, ayu-

da á los hechiceros, aprovechándose de virtudes de yerbas y piedras, para tornar en sangre las aguas y para producir ranas, y no pudo sin embargo hacer mosquitos, que es cosa menor, para que entendamos, que faltando semejante licencia, ni poco ni mucho puede. Tambien es digno de considerár, que para castigar Dios la soberbia de Faraon, se aprovechó no de ángeles ni de hombres valientes, sino de ranas y mosquitos.

No se movió tampoco el rey con esta tercera plaga. Mandó Dios venir multitud de moscas, tábanos y todo linaje de sabandijas semejantes, á la tierra donde estaban los egipcios, con daño suyo notable; sin que los hubiese en tierra de Gessen donde estaban los hebreos. Y ni con esta cuarta plaga se enmendó, aunque daba licencia que sin salir de Egipto hiciesen el sacrificio á Dios como decían: mas Moisés no lo aceptó, sino que habian de ir donde Dios les mandase; y así vino la quinta plaga que fué pestilencia sobre los ganados y bestias de Egipto, sin que este daño alcanzase á los animales y ganados de los hebreos. No se enmendó Faraon con esta plaga; sucedió la sexta, y fué que mandó Dios á Moisés que levantasen las manos llenas de ceniza de un horno y la esparciesen hacia el cielo delante de Faraon, y luego sobrevinieron úlceras de tumores apostemados en hombres y animales egipcios; y dice Josefo que morian muchos de ellos como habian muerto antes de las picaduras de las moscas, aunque no bastó para que el rey dejase su dureza y obstinacion.

En todas estas plagas es de considerár la gran benignidad y paciencia de Dios, pues sabiendo que por pura malicia no se habia de enmendar Faraon, no dejó de amonestarle una y muchas veces, para que conste que á nadie falta Dios, y que no convertirse los malos, ni enmendar la vida, es por su maldad y libertad, que podrian aprovecharse de los grandes remedios que Dios les da y no quieren.

Envío Dios la séptima plaga, que fué granizo, truenos y centellas, y para que entendiase el rey (y lo mismo entienda de si todo pecador obstinado) que aunque merecia ser castigado con todo rigor, Dios usaba y usa de misericordia en el castigo, avisóle un dia antes de la tempestad, para que no dejase en el campo algunos ganados que le habian dejado de la pestilencia pasada, para que no los matase el granizo. En la tierra de Gessen donde moraban los hijos de Israel, no cayó granizo. Pareció enternecese el rey con esta plaga, llamó á Moisés, confesó que habia pecado en resistir á la voluntad de Dios, diciéndole: «El Señor es justo; yo y mi pueblo somos unos impios;» y pidióle que cesase la tormenta. Cesó, y quedó tan duro como de pri-

mero. La octava plaga fué de langostas; en tan espantosa muchedumbre, que cubrieron toda la faz de la tierra, talándolo todo; por manera que fué devorada toda la yerba y todos los frutos de los árboles que habia perdonado el granizo, y no quedó absolutamente cosa verde en todo el Egipto. Primero que esto sucediese por avisar Moisés al rey de ello delante de los magnates de su corte, ellos le rogaron que hiciese lo que por Moisés le era pedido, antes que el Egipto fuese destruido. El rey vino en que fuesen á hacer el sacrificio que decian, con que dejasen á sus hijos en su poder. Moisés respondió que todos sin escepcion habian de salir de Egipto. Y porque la plaga de las langostas vino, y fué grande el daño que hicieron, considerado por el rey, dió licencia que fuesen padres é hijos con que quedasen en su poder sus ganados.

Esto mismo hace el demonio, cuando ve que se escapa de su poder alguno á quien ha tenido cautivo; cuando no puede otro, dale lugar, mas procura que quedé en su poder alguna cosa, como hijos ú ovejas, esto es, ocasiones con que la enmienda del pecado sea breve, y luego se torne á proseguir. Y era cierto que si los hebreos dejáran en Egipto lo que Faraon pedía, que se volvieran al cautiverio en que estaban, pues solo la memoria de las comidas de aquella tierra, y no de mucho precio, los puso en punto de hacerlo, y por esto perseveró Moisés en que nada habia de quedar en Egipto que fuese de los hebreos.

Habiendo cesado la plaga de la langosta, endurecióse otra vez el corazon del rey, y todavia no dejó partir á Israel. Entonces mandó Dios á Moisés que levantase las manos al cielo, y cubriese de tinieblas á Egipto, y fueron tan densas y oscuras, que en cuanto duraron, ninguno vió á otro, ni osaban moverse de donde estaban. Pero el sol resplandecía entre los hebreos. Faraon mandó llamar á Moisés y Aaron, y les dijo que fuesen todos donde quisiesen, á escepcion de sus ganados que se quedarían en Egipto por rehenes de su vuelta. Moisés respondió que ni una pesuña habia de quedar de los ganados de los hebreos, y Faraon le mandó con pena de muerte que no osase comparecer otra vez en su presencia. Moisés aceptó la sentencia diciendo: «Así se hará como tú has dicho: no volveré yo á verte cara.»

Habló Dios con Moisés, y mandóle que avisase á los hebreos, para que se apercibiesen y estuviesen á punto, porque aquella noche habian de salir de Egipto, y dijo: «Dirás pues á todo el pueblo que cada uno pida á su amigo, y cada mujer á su vecina alhajas de plata y oro; lo cual, añadió, ellos os las prestarán,

porque yo les inclinaré á que lo hagan, y enviaré la última plaga que será matar á todos los primogénitos de Egipto, desde el hijo del rey hasta el de la esclava, y lo mismo en las bestias y jumentos que de las plagas pasadas quedaron libres.»

Dijo tambien Dios á Moisés: «Este mes, para vosotros principio de meses, será el primero entre los meses del año (\*). Tomad el dia diez de este mes para cada familia un cordero de un año, macho y sin mancha y de un año: lo inmolareis el dia catorce por la tarde, y con su sangre rociareis los dos postes y el dintel de vuestras puertas. Aquella noche comereis en una misma casa la carne del cordero asada al fuego, sin dejar ni sacar fuera nada de ella, y sin romper ninguno de sus huesos. Comeréislo con panes ázimos, ó sin levadura, y con lechugas amargas, y esto lo hareis con los lomos ceñidos, con el calzado puesto y un báculo en la mano, como viajeros: porque es la pascua ó el paso del Señor. Porque yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré de muerte á todo primogénito en dicha tierra, desde el hombre hasta la bestia: y en todos los dias de Egipto haré castigos (\*\*), yo el Señor.» Los hijos de Israel cumplieron este mandato de Dios, y á media noche el ángel del Señor hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto de hombres y animales, salvándose únicamente las casas cuyas puertas estaban señaladas con la sangre del cordero. Levantáronse á media noche con precipitacion y espanto Faraon y todos los egipcios, y por do quiera retumbaban los lúgubres gemidos del dolor, pues no habia casa en donde no hubiese un muerto.

Al momento mandó llamar el rey á Moisés y á Aaron para decirles que sin pérdida de tiempo hiciesen salir de Egipto á los israelitas, los cuales partieron en número de seiscientos mil combatientes, llevándose consigo los huesos de José en cumplimiento de la última voluntad de este santo patriarca. Para perpetuar el recuerdo de tan gran beneficio, mandó Moisés al pueblo israelítico que todos los años celebrase en el mismo mes la

(\*) Los hebreos comenzaban el año civil en otoño, y el año sagrado, segun el cual arreglaban las fiestas, en la primavera en el mes que llaman *Nisan* ó *Abib*, que comienza y concluye con la luna de marzo.

(\*\*) Se cree, que al mismo tiempo fueron derribados por tierra todos los ídolos de los egipcios, y S. Jerónimo añade que todos los templos fueron destruidos ó con terremotos ó con rayos y fuego del cielo; lo cual se confirma con un testimonio del libro de los Números que dice, hablando de esta salida, que se vengó Dios de los ídolos de los egipcios.

memoria de su salida de Egipto, inmolando un cordero el día catorce por la tarde, y comiendo panes ázimos ó sin levadura por espacio de siete días.

En la inmolacion del cordero pascual intimada á los israelitas antes de su salida de Egipto, se descubre fácilmente una imágen del sacrificio de nuestro Salvador. Jesucristo es, segun san Pedro, el cordero sin mancha: S. Pablo dice que por fe celebró Moisés la pascua é hizo la aspersion de la sangre del cordero, á fin de que no tocase á los israelitas el ángel que sepultaba á los primogénitos en sombras de muerte. Jesucristo entró en Jerusalem el décimo día del mes primero, en el cual debía ser preparado el cordero para la pascua, y fué inmolado el día catorce en la hora misma en que los hebreos inmolaban el cordero pascual. Su sangre ha sido derramada, pero no se le rompió hueso alguno, porque al ver que estaba muerto no le rompieron las piernas, á fin de que se cumpliera, como dice S. Juan, esta palabra de la Escritura: «No rompereis ningun hueso suyo.»

Despues de algunas jornadas llegaron los israelitas al desierto que está á la orilla del mar Rojo: guiábalos el ángel del Señor yendo delante de ellos en una columna de nube, de día para señalarles el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos. Pero Faraon arrepiéntiéndose bien pronto de haberlos dejado salir, puso en movimiento sus carros de guerra, reunió sus tropas, y se lanzó á perseguir á los israelitas, dándoles alcance cerca del mar Rojo. Veíanse los israelitas estrechados por todas partes: por delante cerrábalos el paso la mar, y en pos de ellos traía la muerte el ejército egipcio. Muy medrosos dijeron entonces á Moisés: «Quizá no habia sepulcros en Egipto, y por esto nos has traído á que muriésemos en el desierto: ¿qué quisiste hacer con sacarnos de Egipto? Mucho mejor nos era servir á los egipcios, que morir en el desierto.» Moisés, lleno de confianza en el Señor, les dijo: «No temais, esperad con quietud, y vereis las maravillas que va á obrar el Señor en favor vuestro. El Señor peleará por vosotros, y vosotros callareis.» Dijo, y la columna de nube que estaba á la cabeza del pueblo, pasó á situarse entre su campamento y los reales egipcios. Esta nube era luminosa para aquéllos, y para éstos sombría á manera de noche densa que les impedía proseguir la marcha.

Moisés en aquel acto habiendo estendido la mano sobre el mar, el mar se abrió y se convirtió en seco su lecho, y el pueblo escogido lo pasó con planta enjuta viendo á derecha y á izquierda los altísimos montes que á semejanza de muros habia formado el agua. Los egipcios viendo abierto el camino por medio de la mar,

se precipitan en él en persecucion de los hebreos; mas antes de rayar el alba, y llegado ya Israel á la orilla opuesta, rompe el Señor los carros de los egipcios y derrota su ejército. Sobrecojidos de espanto dícense ellos unos á otros: «Huyamos de Israel, porque el Señor pelea en favor suyo contra nosotros.» Y principian la retirada con payorosa precipitacion. Manda Dios á Moisés estender la mano sobre el mar, y las aguas se juntan al instante, y caen al desplomarse sobre todas las huestes de Faraon: en vano luchá el egipcio contra el ímpetu del agua para ponerse en salvo; la mar enfurecida le arremolina, y Faraon y cuantos con él habian entrado, quedaron sumergidos, sin que ni un solo hombre se librase para llevar al Egipto la fatal noticia de tan terrible ruina. En vista de esta maravilla los hebreos alabaron al Señor y Moisés compuso un cántico en accion de gracias que cantó con los demás israelitas, el cual quedó por memoria de este suceso en la Iglesia católica. La historia eclesiástica dice, que duró siete dias el ir de los hebreos, los varones por sí, y las mujeres por sí, á la lengua del agua, cantando el cántico compuesto de Moisés, porque todo este tiempo estuvieron en la ribera, muy alegres y contentos de verse libres del cautiverio en que habian estado.

Pasados los siete dias caminaron los israelitas, y llegaron al desierto de Sin; pero á poco de haberse internado en él faltaron las provisiones, y el hambre se enseñoreó de todos ellos; y principieron las murmuraciones del pueblo contra Moisés y Aaron. «¿Por qué no nos quedamos en Egipto? decian. Allí teníamos abundancia de pan y de carne. ¿Por qué nos habeis traído á este desierto en que morimos de hambre?» Moisés recurrió á Dios, quien le hizo oír su palabra y le mandó decir al pueblo: «Yo os lloveré panes del cielo. Salga el pueblo por la mañana y recoja cada uno cuanto bastare para aquel día; mas el día sexto cojan doble de lo que solian coger, para que así puedan santificar el día séptimo, es decir, el sábado.» Y como hablase Aaron al pueblo de orden de Moisés, diciendo: «Llegaos delante del Señor, porque ha oído vuestro murmullo;» he aquí que apareció la gloria del Señor en la nube, y dijo el Señor á Moisés: «He oído las murmuraciones de Israel, diles: Esta tarde comereis carnes, y por la mañana os hartareis de panes, y sabreis que yo soy el Señor vuestro Dios.» En efecto, llegó la tarde, y viniendo codornices, cubrieron el campamento; y por la mañana se halló la tierra cubierta de unos granos como de rocío congelado, ó como granos de trigo quitada la corteza: Moisés dijo entonces al pueblo: «Este es el pan que Dios os ha dado para comer: recoja de

ello cada uno cuanto baste para su sustento.» Y con este manjar sustentó Dios á su pueblo por todo el tiempo que anduvieron por el desierto desde que salieron de Egipto hasta entrar en la tierra de promision, que fueron cuarenta años. Tan larga duracion en un prodigio que se renovaba todos los dias, aleja toda sospecha de impostura ó de ilusion. Se le dió el nombre de Maná, que quiere decir: ¿Qué es esto? (\*) Cogíanlo los israelitas todos los dias por la mañana, porque en calentando el sol la tierra, se derretia, y el que se daba mas priesa á coger de ello, no llevaba mas cantidad que el que cogia menos. Si lo guardaban de un dia para otro, hallábanlo lleno de gusanos. Los viernes cogian para aquel dia y para el sábado, en el cual no caia. Molíanlo en un molino y machacábanlo con un mortero, y luego lo ponian á cocer, y entonces tomaba el gusto del pan de la harina mas pura amasado con aceite y con miel.

La Escritura, que al maná llama pan del cielo y alimento de los ángeles, claramente nos insinua que este pan milagroso encierra un gran misterio; el mismo Jesucristo nos lo descubre, enseñándonos que él en la Eucaristia es el pan figurado por el maná. Decíanle los judíos: «Nuestros padres han comido el maná en el desierto, segun está escrito: les ha dado á comer el pan del cielo.» Y él les respondia: «En verdad os digo que Moisés no os ha dado el pan del cielo.» Con lo cual nos enseña que el maná no se llamaba en la Escritura pan del cielo sino en atencion á lo que representaba, y añade: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; quien de él comiere vivirá eternamente; mi carne es el pan que he de daros.» El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo es pues el verdadero pan del cielo, y el maná no era mas que su figura.

Después de tan multiplicadas señales de la proteccion de Dios, parece que los israelitas no debian ya desconfiar de su providencia, sino recurrir á él confiadamente en todas sus necesidades, seguros de alcanzar pronto socorro; pero llegado que hubieron á un sitio en que no habia agua, volvieron á sus murmuraciones contra Moisés, diciendo: «Danos agua para que bebamos; ¿porqué nos has hecho salir de Egipto, para matarnos de sed, y á

(\*) No se debe confundir este divino y milagroso maná, ni en su sabor ni en su virtud con el que cae en la Arabia en ciertas estaciones del año, ni con el que se recoge de varios árboles en la misma Arabia y en otras muchas regiones. El maná ordinario no cae ni se coge, sino en ciertas estaciones del año: el del desierto caia y se recogia todos los dias, á escepcion de los sábados. (P. Scio.)

nuestros hijos, y á las bestias?» Clamó Moisés al Señor, el cual le dijo: «Adelántate al pueblo tomando contigo algunos de los ancianos de Israel, llévalos á la montaña de Horeb, y herirás la peña con la vara con que heriste el rio, y brotará de ella agua en abundancia.» Hizolo así Moisés, y brotó de la roca una fuente de agua cristalina, que satisfizo la sed de los hombres y de los animales. Y Moisés llamó á aquel lugar *Tentacion*, porque los hijos de Israel dudaron si el Señor estaba en medio de ellos (\*).

Difundida la fama de los hebreos por los pueblos circunvecinos, alarmáronse éstos, temerosos de su engrandecimiento, y se dispusieron á hacerles guerra. Adelantáronse los amalecitas á acometerlos, que descendian de Esaú: Moisés envió contra ellos á Josué, de la tribu de Efraim, que les presentó la batalla: trabado el combate, Moisés imploró el auxilio divino con sus oraciones: mientras para orar tenia las manos alzadas en forma de cruz, vencian los israelitas, mas si un poco las bajaba, inclinábase á Amalec la victoria. Observáronlo Aaron y Hur su cuñado, y viendo que le faltaban ya las fuerzas para tener las manos levantadas, sostuviéronlas por una y otra parte, hasta que se puso el sol y Josué hubo enteramente derrotado al enemigo.

Escelente leccion es esta, dice el P. Scio (*not. al Exodo ver 11, cap. 18.*), para los que frecuentan la oracion. Dios muchas veces previene nuestros votos, y se adelanta á concedernos lo que deseamos, aun antes que abramos la boca para pedirselo: otras, se nos oculta, para que se redoble en nosotros el deseo de poseerlo, y porque somos tales, que despreciamos frecuentemente lo que logramos con facilidad, y no estimamos sino lo que conseguimos á costa de sudores. Es difícil que nuestro espíritu conserve largo tiempo la atencion que pide la oracion; y por esto necesita de apoyos que la sostengan, como Hur y Aaron sostuvieron las manos de Moisés. El deseo de vencer, el temor de ser vencido, la esperanza de una nueva gracia, el reconocimiento de otra ya recibida, son los apoyos que la sostienen, é impiden de caer en desfallecimiento. Venzamos tambien, dice S. Agustin (*Lib. 4. de Trinit. c. 15.*), por medio de la cruz del Señor, que era figurada en los brazos tendidos de Moisés, á Amalec, esto es, al diablo, que enfurecido sale al camino, y se nos opone negándonos el paso para la tierra de promision. Y

(\*) No se debe confundir esta tentacion que sucedió el primer año de su salida de Egipto, con otra igual con que irritaron de nuevo al Señor el año cuarenta de su salida en el desierto de Seir.